

científico no hay más remedio que incorporar nuevos términos, a veces procedentes de otros idiomas, para adecuar este al desarrollo de la ciencia y la técnica, pero no siempre esto es necesario y a veces responde a una clara inseguridad en nuestro propio lenguaje e incluso otras, tal vez las más, es un ridículo intento de demostrar nuestro nivel de ilustración. Al primero le llama Lázaro Carreter necesidad; al segundo, necedad.

Un ejemplo de mal uso más difícil de explicar es el de hablar de «enfermos claudicadores» que en ocasiones se escucha. La procedencia de claudicante del latín *claudicans* es indudable. Por otro lado la adjetivación de los infinitivos de verbos no puede hacerse de forma independiente de las características de la acción que expresan. Si a un paciente que sufre una claudicación le llamamos claudicador, por qué no llamarle sangrador a otro que sufre una hemorragia en vez de sangrante que sería lo correcto o doledor a uno que tiene algún dolor.

No solamente utilizamos incorrectamente palabras tomadas del inglés sino que incluso con nuestros viejos términos griegos tenemos a veces dificultades. Esto es lo que ocurre con la palabra «estasis» (por ejemplo «la estasis venosa») que significa en castellano «estancamiento de sangre o de otro líquido en alguna parte del cuerpo». No es raro sin embargo oír «el estasis» o simplemente «éxtasis», confundiendo así el término «estasis» griego con el «éxtasis» de procedencia latina tardía que significa «estado del alma enteramente embargada por un sentimiento de admiración, alegría, etc.» O bien «estado del alma caracterizado por cierta unión mística con Dios mediante la contemplación y el amor». A modo de «memorialín» podría recordarse que la sangre sufre estasis y que los éxtasis los experimentaba santa Teresa de Jesús. A este tipo de confusiones del significado de las palabras por similitud fonética se le llama en la gramática castellana paronomasia. Pero no es eso todo, en castellano existe el verbo «extasiar», cuyo

sinónimo sería «embelesar», pero no existe el verbo «estasiar» por lo que es imposible decir que «la sangre se estasia o que se ha estasiado», habría que decir que «sufre o padece una estasis».

Está muy de moda utilizar el término descoagular a un paciente. Si analizamos lo que significa el prefijo *des-*, por comparación con otros usos como desfibrilar, deshacer, desgazar, comprenderemos que ese prefijo hace desaparecer (una forma más) la acción a la que se une. Por tanto, descoagular equivaldría a eliminar la coagulación, algo que realmente no es lo que hacemos cuando administramos un anticoagulante y ni siquiera es lo que queremos hacer. La palabra correcta es anticoagular y así ha venido utilizándose desde el descubrimiento de la heparina y demás anticoagulantes.

Azorín sostenía que «lo que debemos desear al escribir es ser claros, precisos y concisos» y fiel a esta consigna emplea «la frase breve y limpia labrada con meticulosidad». El lenguaje médico debería intentar además ser elegante («elegancia en el lenguaje es la forma bella de expresar los pensamientos») y no hay elegancia sin sencillez, exactitud y corrección en el uso del idioma. Lo barroco puede ser bello pero, en el lenguaje, al menos, difícilmente será elegante.

Bibliografía

1. Fernández Delgado JA, Lozano Sánchez FS. El uso del lenguaje entre los cirujanos vasculares españoles. *Angiología*. 2015;67:257-8.

E. Ros Díe

Cirugía Vascular, Granada, España
Correo electrónico: ros@ugr.es

<http://dx.doi.org/10.1016/j.angio.2015.03.005>

Respuesta de los autores



Author's reply

Sr. Director:

En referencia a la carta titulada «El lenguaje de los cirujanos vasculares»¹ no deja de ser curioso, que los cirujanos vasculares habitualmente «enfrascados» en temas puramente médicos y/o técnicos nos preocupen también aspectos tales de «cómo hablamos» o «cómo escribimos». A nuestro parecer este y otros aspectos digamos paramédicos denotan desarrollo y madurez de la especialidad y sus miembros. Por ello, agradecemos profundamente el escrito del profesor Ros Díe, sencillo pero muy riguroso, de vertientes históricas, realidades actuales y que muestra sin lugar a dudas que

detrás de un gran cirujano también puede existir un intelectual y un humanista. Su texto no solo complementa al nuestro, lo supera.

Bibliografía

1. Ros Díe E. El lenguaje de los cirujanos vasculares. *Angiología*. 2015;67:330-2.

J.A. Fernandez Delgado y F.S. Lozano Sánchez*

* Autor para correspondencia.

Correo electrónico: lozano@usal.es (F.S. Lozano Sánchez).

<http://dx.doi.org/10.1016/j.angio.2015.03.006>